

XVII.

« El presente tratado no tendrá efecto hasta que
» las partes contratantes le hayan ratificado; y las
» ratificaciones se cambiarán en el término de un
» mes ó antes si es posible contando desde este dia.

conciliarla con los demas gobiernos de la Europa, y de aquí nació la estudiada galantería con que ofrecieron el honor de mediadores á los dos monarcas español y prusiano. ¿ Dirán algunos que estos dos príncipes se degradaron en admitir aquel obsequio? Yo no pienso que persona alguna, tan siquiera medianamente versada en la política, deba darles sino alabanza por haber aceptado. Muchos han escrito que el rey de Prusia tuvo en esto la mira particular de adquirirse cierto influjo y preponderancia en el cuerpo germánico, de lo cual, si fué así, yo le alabo, porque en esta idea se contenia tambien para lo sucesivo la de su propia conservacion y del sostenimiento de su dignidad en los negocios del imperio. Quanto á la España yo podré decir que los dos gabinetes español y prusiano se entendieron recíprocamente con la mas loable ingenuidad, y se encontraron acordes en un mismo parecer, á saber, que la vuelta de la Francia á mejores ideas y á mejor sistema de gobierno dependia ya en aquellas circunstancias de una paz general que, amortiguando el entusiasmo militar de aquella nacion, dejase libre su atencion toda entera para atender á sus intereses domésticos y restaurar tal vez la monarquía. Todo el gran mal consistió entonces en que las graves pérdidas que habia sufrido el Austria la alejaron de toda idea de paz que no tuviera por basa su reintegro, mientras por otra parte la Inglaterra sostenia sus esperanzas prometiéndole su ayuda para recuperar lo perdido. La continuacion de la guerra por estas dos potencias, lo primero, afirmó la república francesa;

« En fé de lo cual nosotros los infrascriptos plenipotenciarios de S. M. católica y de la república francesa, hemos firmado en virtud de nuestros plenos poderes el presente tratado de paz y de amistad, y le hemos puesto nuestros sellos respectivos.

« Hecho en Basilea en 22 de julio de 1795, 4 de termidor año tercero de la república francesa. (L. S.) Domingo de Iriarte. (L. S.) Francisco Barthélemy (1). »

lo segundo, agravó las pérdidas del Austria; y lo tercero, dió ocasion á que un hombre, cuya capacidad y ambicion habrian quedado nulas como tantas otras capacidades y ambiciones quedan nulas todos los dias por falta de elementos y circunstancias para su desarrollo, hubiese sido puesto en accion y en evidencia para turbar el mundo todo. Despues de esta observacion ¿quién será el que se atreva á censurar la política cuerda y previsiva con que procedieron en aquel tiempo España, Prusia y una parte del Imperio? Nó, no fueron sus intereses particulares solamente los que decidieron en aquella época por la paz á aquellos gabinetes; fué el bien general propio y ageno; fué una prevision luminosa de los riesgos incalculables del porvenir, fué una política altamente conservadora en su objeto y en sus intenciones que si en aquel tiempo fué menos comprendida, los horribles escarmientos que despues se siguieron la han justificado para la historia largamente.

(1) En una convencion aparte se añadió en el mismo dia, que dado el caso de que la córte de Viena no aceptase la propuesta que le hacia la Francia de cangear los diputados y embajadores que tenia el Austria prisioneros, contra la hija de Luis XVI, seria ésta enviada á España,

Tal fué nuestro tratado, verdadera corona de las tres campañas sostenidas con honor por nuestras armas; tratado que entre reyes generosos y enlazados con los nudos del parentesco no habria sido mas honroso, ni mas noble, ni mas igual de entrambas partes. Ningun tratado de la Francia con las demas potencias en aquella época (y en las posteriores mucho menos) ofreció menos sacrificios que el tratado de Basilea entre Francia y España, si es que pueda llamarse sacrificio la cesion de la parte española de la isla de Santo Domingo, tierra ya de maldicion para los

libremente, como lo deseaba el rey católico. Añadióse tambien que la mediacion de España con respecto á los estados de la Italia seria entendido ser expresa y terminante con respecto al Papa. Mientras vivió el desgraciado huérfano Luis XVII, fué una condicion *sine qua non* de parte nuestra para el ajuste de las paces, la libertad de aquel príncipe y su hermana. Muerto aquel, é insistiendo siempre nuestra córte en reclamar la libertad de la augusta princesa y su traslacion á España, la convencion francesa, sin negarse enteramente á esta demanda, puso por delante su cartel de cange dirigido al emperador, pronta empero acerca de esto, si el cartel no era admitido, á obtemperar á los deseos del rey de España, y así fué consignado en el convenio. Cuanto al Papa, tuvo España la gloria de mostrar su religion comprendiendo nominalmente los estados pontificios entre los pueblos de la Italia por quien su intencion era mediar eficazmente é interponer todo su influjo. Pocos saben las dificultades y disputas que costó este artículo y las siniestras intenciones que reinaban en la convencion francesa contra el Papa.

blancos, y verdadero cáncer agarrado á las entrañas de cualquiera que fuere su dueño en adelante. Nuestros principales colonos la tenian ya de hecho abandonada: su posesion era una carga y un peligro continuo; muchas poblaciones y parroquias habian sucumbido por la dura necesidad al poder anárquico de los negros y mulatos. Bonaparte mismo no alcanzó á domar aquel incendio, y despues de inmensos gastos y de horrorosas pérdidas, harto tarde la fatal colonia fué abandonada por la Francia. Lejos de perder, ganamos en quitarnos los compromisos que ofrecia aquella isla; y aun así, diré mas, que la cesion de aquel padrastro pendió de un accidente. El gobierno francés, ansioso de la paz que se trataba en Basilea, y temiendo las dilaciones que debia causar la distancia de Madrid á aquel punto, nombró un nuevo negociador (á *Servan* el ex-ministro) para venir á la frontera y terminar mas pronto aquel tratado con el marqués de Irlanda, que precavido el caso de no hallarse á Iriarte, fué dirigido de Madrid á Hernani con los poderes necesarios. De las instrucciones secretas que *Servan* traia, una de ellas era que si la España resistia ceder su parte de Santo Domingo, no hiciese mas instancia y firmase las paces bajo las demas bases convenidas. Iriarte en tanto y Barthélemy consumaban el tratado en Basilea, razon por la cual la mision de *Servan* no tuvo efecto. Todo esto es bien sabido y es muy fácil de hallarlo en los archivos de entrambos gabinetes.

¿Cómo pues, dirá alguno, la república francesa, tan codiciosa y exigente en sus tratados, sé mostró tan galante con la España? He aquí en esto un resultado y una prueba mas de la opinion que merecieron nuestras armas; del carácter firme y vigoroso que en la lucha de los tres años desplegaron la nacion y el gobierno; y tambien (porque así fué, y la Francia lo vió á las claras) de la lealtad y la pureza de intenciones con que guerreó la España, sin ninguna ambicion, ninguna mira hostil contra la integridad del territorio de la Francia, nada contra ella, todo contra el poder anárquico que ella misma derrocó, y que ella propia detestaba. Si ninguna nacion resistió como la España las descomunales fuerzas de la república francesa, si ninguna tuvo que sufrir menos pérdidas, si ninguna ofreció combates tan gloriosos, si la Francia en dos años pudo apenas invadir algunas pocas leguas del territorio de la España, si mientras mas apretaron los peligros, mas fuertes, mas enteras y mas resueltas se mostraron nuestras armas, y si en medio de este teson la España generosa no se la vió entrar ni un solo instante en los proyectos de desmembrar la Francia; si guerreó con lealtad á sus expensas, nunca á sueldo de la Inglaterra ni de nadie, nunca bajo el dictado de la política extrangera, siempre señora de sus actos, buena y cierta para amiga, peligrosa para contraria, justo fué tambien, natural y consiguiente que la Francia, lo primero, respetase á una nacion cuya

heróica constancia y fortaleza no se dió por rendida en ningun trance de la lucha; lo segundo, que se mostrase agradecida á esta nacion que ni en la misma guerra se olvidó de que habia sido su antigua amiga y aliada.

He aquí pues una guerra y una paz en que excedió la España la fortuna de las demas naciones coligadas, guerra que añadió nuevos títulos á las glorias de mi pátria, paz honrosa que fué el fruto de sus armas no dobladas.



CAPITULO XXVII.

Un justo desahogo sobre las calumnias de los abates Pradt y Muriel.

Yo he contado hechos notorios: cuanto he dicho es historia contenida en los anales de aquel tiempo. Sienta ahora bien repetir toda entera la descarga de mentiras y de ultrajes con que el reverendo obispo M. Pradt, nada púdico y reverendo cuanto á la verdad en sus escritos, dió principio en ódio mio á sus memorias seudohistóricas sobre la revolucion de España.

« No es bastante (ha dicho M. Pradt, pág. 3 y 4)
» emprender una guerra por honor y por justicia.
» Se requiere ademas dirigirla con luces, y este fué

» el escollo de la España. La misma mano que lo pa-
» ralizaba todo en la paz paralizó de nuevo todas las
» cosas en la guerra. Desde el fondo del palacio pre-
» tendia un favorito dirigir los ejércitos del mismo
» modo que gobernaba la córte; pero distando mu-
» cho estas dos cosas, y no siendo el enemigo un cor-
» tesano (como dijo Federico), fué preciso ceder y de-
» sistir de aquella lucha. *Frustrados igualmente el*
» *valor de las tropas y el leal ardimiento de sus gefes*
» dejaron penetrar al enemigo hasta el corazon de la
» España. Se trató con él, y todo el mundo sabe que
» cosa sea un tratado, cuando el vencido busca en la
» paz el último refugio. *Los franceses habian pasado*
» *el Ebro y llegaban ya á Madrid.* La manera de con-
» tenerlos fué firmar una paz cuyo nombre tomó pa-
» ra sí el favorito aun con mas necedad que insolen-
» cia, adornándose con las desgracias públicas, como
» en otros paises se forman títulos de su prosperidad
» y de su gloria.»

Esto ha dicho M. Pradt. Yo lo abandono á mis lectores, y les pediré que pronuncien ellos solos la sentencia de que es digno un historiador prostituido que maldice y miente de esta suerte.

Despues de M. Pradt, me queda todavía otro clérigo de la misma calaña, aunque bien menos reverendo, que me importa traer á cuentas nuevamente, el abate Muriel, español, mas tan poco apegado á la verdad y á la gloria de su pátria, que en su resúmen del pretendido manuscrito del conde de Aran-

da, de que hablé ya otra vez (1), concluye de este modo: « Los desastres sufridos (en aquella guerra » con la Francia) por las armas españolas justificaron » los temores de aquel hábil estadista (el conde de » Aranda). La España no pudo contener las tropas » francesas que cargaron sobre el Ebro y amenazaban » tomar el camino de la capital, sino firmando *una » paz vergonzosa*, á que se siguió despues una alian- » za mas vergonzosa todavía con aquella revolucion » tan detestada. Los consejos por los cuales se habia » perseguido al conde de Aranda se hicieron el nor- » te del gobierno, aunque ya tarde, cuando no era » tiempo de sacar partido de ellos (2).»

Tantas frases como contiene este retazo son otras tantas falsedades que descubren con agravio de la historia la mala fé de este escritor, y el prurito de maldecir de que estaba poseido. Visto queda que á los franceses los detuvieron nuestras armas sobre el Ebro, y que á este tiempo la paz de Basilea estaba ya firmada. Cuanto al epíteto de *vergonzosa*, manifiestos están á todo el mundo los diez y siete artículos del tratado, y el lector ha visto que la paz fué propuesta y buscada por la Francia, que la plenipotencia de la república fué expedida en 10 de

(1) En el capítulo XX.

(2) *L'Espagne sous les rois de la maison de Bourbon*, vol. VI, chap. III additionnel, pages. 69 et 70.

mayo y la de Carlos IV en 2 de julio (1). Si esta paz la encontró vergonzosa el abate Muriel, ¿qué adjetivo tendrá en reserva para los demas tratados de las otras potencias que se hicieron en aquel tiempo y en los tiempos posteriores? Porque al fin, si el abate Muriel no está ignorante de la historia contemporánea, él podrá decir cuál de las demas potencias que mas pronto ó mas tarde transigieron con la república francesa tuvo la fortuna de ajustar un tratado tan honroso como lo fué el de España en Basilea. Otras cuatro potencias ajustaron, el mismo año, su paz con la república, la Toscana en 9 de febrero, la Prusia en 5 de abril, la Holanda en 10 de mayo, y el Landgrave de Hesse Cassel en 28 de agosto. La Toscana, que, apenas proclamada la república francesa, la habia reconocido llana y lisa-mente, no habia pugnado en realidad contra la Francia, si bien, amenazado el gran duque por el Austria y la Inglaterra, pareció adherirse á ellas un momento. Mientras se mantenía neutral aquel ducado, ocurrió que los ingleses, abusando de la fuerza, apresaron en Liorna un gran convoy de granos que venia para la Francia. Este accidente, inevitable de la parte del gran duque, fué no obstante traído

(1) Los que quieran ver el texto y las fechas de las dos plenipotencias podrán acudir al tomo I de la *Coleccion de Pragmáticas, Cédulas, Provisiones, etc. del reinado del señor don Carlos IV*, 3.^a edicion, pág 497, 498 y 499.

á cuentas por la junta de salud pública, de manera que la paz, pretendida y rogada por aquel soberano desde noviembre de 1794, no le fué otorgada sino á condicion de reintegrar aquellos granos y despues de hecho aquel reintegro.

El rey de Prusia y el Landgrave de Hese Cassel no lograron hacer sus paces sino abandonando á la república los diferentes territorios de la izquierda del Rhin que les tenia ganados, salvo luego, si habia lugar, que pudieran indemnizarse sobre otras partes del imperio, hechas las paces generales. De parte de la Prusia hubo mas todavía, que fué obligarse á ocupar el Hanover si aquel electorado se negaba á ser neutral en la guerra del Austria y de la Francia. El príncipe de Orange, cuando aun tenia su ejército y contaba ademas con la fuerza auxiliar de la Inglaterra, pidió la paz, ofreció por lograrla hasta ochenta millones de florines, y sin embargo no fue oido. Poco despues la Holanda negoció por sí misma, recibió á los franceses con abrazos, adoptó sus principios, se hermanó con sus formas de gobierno, y no obstante fué obligada á pagar cien mil florines á la Francia y á cederle sus estados de la Flandes, comprendida en ellos la ribera izquierda de Hondt, Maestrich, Venloo y sus dependencias de ambos lados de Meusa, junto á esto las condiciones de que el puesto de Flesinga seria comun á entrambas dos potencias y que la república francesa quedaria con facultad, hasta las paces

generales, de ocupar las tres plazas de Bois-le-Duc, Grave y Bergopzoom, y cualesquiera otras que por las circunstancias de la guerra juzgase conveniente defender por sí misma.

No hay que hablar de los durísimos tratados á que un año despues se sujetaron tantos príncipes de Italia, ni del que al fin de seis campañas, con el enemigo á treinta leguas de Viena, se vió el Austria obligada á suscribir en Campo Formio, agravado despues en Luneville. Ninguno ignora estos sucesos; yo sufro mucho en recordarlos. ¿Pero dónde hay razon de llamar vergonzosa nuestra paz, que se firmó debajo del escudo, cuya cláusula esencial fué dictada por la España combatiendo de sobra aun despues de estar firmada; ¡ paz gloriosa que no costó á la España ni un árbol tan siquiera de su suelo! ¿Dónde está la vergüenza? ¿Fué por haber tratado, como dice Muriel inicuamente, con la revolucion francesa? Nó; la España no transigió con los principios; ni con los hombres de la anarquía: con la revolucion habria tratado, si admitido el consejo del ponderado conde á quien Muriel prodiga sus inmensos, se hubiera unido en alianza con los monstruos que asombraban la Europa un año antes. Yo traté con la Francia vuelta á mejor sentido, con la Francia dando esperanza de remedio, con la Francia en fin con quien trataron, uno despues de otro, los demas gabinetes de la Europa. No traté solo, ni traté el primero. Cuando el engañado conde pretendió

que se tratase, la Francia estaba sola, sin aliados, sin amigos, causando horror á todo el mundo: cuando yo traté, la Prusia, la Suecia, Dinamarca, la Toscana, Venecia y la Suiza enviaban sus ministros, que precedieron al de España. El mismo emperador tuvo tambien el suyo en Basilea, y la dieta de Ratisbona daba prisa á su gefe para tratar con la república. ¿Es acaso que estos gobiernos y estos príncipes habian absuelto la revolucion de sus errores y sus crímenes? Nó, las armas la habian absuelto, y estos gobiernos y estos príncipes transigian con la Francia que adquirió por la espada el derecho de figurar de nuevo en las naciones y de ser considerada. ¿Es que erraron en pelear? Nó, tampoco: atendieron á la defensa de sus leyes, de sus creencias y de su independenciamen amenazadas, ejerciendo el derecho justo de su propia conservacion. La fortuna les fué contraria, y este mismo derecho de su propia guarda y conservacion los avino para las paces. En los debates de los pueblos, el suceso de las batallas da ó quita la justicia, y hace vana toda razon que no se afirme con la fuerza; esta es la ley de las naciones.

¿Necesitaba yo explicar estas verdades tan sabidas para responder á la justa invectiva del injusto abate? Mas el que lee no se para fácilmente, y es necesario darle aviso de la mano enemiga que se propone extraviarle. Yo le sigo hasta el cabo cuando añade: «Que los buenos consejos por los cuales

»el conde de Aranda se llegó á ver perseguido fué-
»ron despues el norte del gobierno, aunque ya
»tarde, cuando no habia lugar de aprovecharlos.»
En tan pocos renglones hay tanto de malicia como
de falsedad é ignorancia. Yo he referido ya en otra
parte que el amago de indignacion que mostró con-
tra el conde Cárlos IV fué solo por la ofensa con que
hirió aquel su dignidad y su augusto carácter: en
cuanto á su dictámen de hacer la paz con los hom-
bres de sangre que pesaban sobre la Francia en
aquel tiempo, no hubo nadie en el consejo que
apadrinase tal infamia. El dictámen de hacer la
paz cuando mejoradas las circunstancias se podria
tratar con honor y sin peligro, no fué el suyo, sino
el mio y del consejo. Este solo dictámen fué segui-
do y este fué el norte del gobierno. ¿Se juzgará
tardía aquella paz? A mis lectores pido que respon-
dan si se pudo hacer antes con decoro, si se pudo
elegir para ajustarla situacion mas á punto de la
que fué adoptada, si le faltó al tratado algun artí-
culo de interés ó de honor para la España, si se pudo
ajustar en ningun tiempo un tratado mas igual ni
mas sincero de ambas partes que el que fué ajust-
ado en Basilea en 22 de julio, casi á los ruegos de
la Francia. Yo lo sé bien, yo que estuve atento, por
mi propio deber y por mi honor, mas que nadie á
los sucesos, yo lo sé bien, que ni mas antes, ni mas
tarde, se habria podido negociar aquella paz con
igual éxito: prueba de esta verdad, que ningun tra-

tado de los que precedieron ni de aquellos que se siguieron al de España en largos años no ofreció igual ventaja ni un tenor tan honroso á ningun pueblo ni gobierno. Fácil es compararlos y se verá que no exagero. ¡Y el abate Muriel ha hallado este feliz tratado vergonzoso! Vivo está y en Paris, él podrá responderme.

CAPITULO XXVIII.

Testimonios imparciales de varios escritores franceses.

No es mi intencion fatigar á mis lectores; pero escribiendo no tan solo mi defensa sobre la guerra y la paz que dejo referidas, sino tambien la de mi pátria, cuyo honor en la una y en la otra se identifica con el mio, á los que por dañarme han pretendido oscurecerle y deprimirle (mayor culpa entre sus propios hijos) les opondré el testimonio de escritores extrangeros y ademas franceses, mucho mas creíbles deponiendo en favor nuestro, ellos mismos con quien lidiamos y habria sido disculpable que dobláran la verdad en favor suyo.

He aquí algunos lugares de M. Lacrosette en su *Historia de Francia del siglo XVIII.*

«El gobierno de Francia, es decir la junta de

» salud pública de la convencion , renovada por el 9
» de thermidor, fué la primera en hablar de paz á
» la España. Su ambicion era vasta , pero no ilimita-
» da... Demas de esto , á pesar de las ventajas que te-
» nia conseguidas, la idea de conquistar la España
» asombraba la imaginacion como un proyecto gi-
» gantesco. No era tampoco fácil prometerse el for-
» mar un partido en aquel reino, cual se formó en
» Holanda , que allanase el camino á tal conquista.
» Aun quedaban muchas plazas fuertes á que poner
» sitio , y se sabia la constancia con que los españo-
» les se tenian en los cercos. A los ejércitos franceses
» les aguardaban mil peligros en provincias poco
» fértiles y mal cultivadas que era forzoso atravesá-
» ran. Todos los generales en sus informes no cesaban
» de hacer justicia al valor de las tropas españolas.
» Este valor, irritado por los mismos riesgos, y exal-
» tado por los sentimientos religiosos, era capaz de
» hacer prodigios.

« Atendidas estas razones, el gobierno francés
» cometió á M. Bourgoing, embajador que fué en
» España, el encargo especial de escribir á los seño-
» res Ocariz é Iriarte proponiendo entablar una ne-
» gociacion tan saludable como debia estimarse para
» aquel reino. *El gabinete de Madrid recibió esta*
» *abertura con la flemma nacional. El duque de la Al-*
» *cludia* (despues príncipe de la Paz) mezcló grandes
» *movimientos de armas á las negociaciones que iban*
» *á abrirse.* Su manera de negociar, ocultado el de-

»seo de hacer las paces, cuya confesión cuesta mu-
 »cho al amor propio del que tiene menos ventajas
 »en la guerra, *fué lenta* y *mesurada* (1).»

Este historiador refiere luego el nombramiento de Iriarte, su ausencia de España, la ignorancia en que se estaba del paradero cierto de aquel ministro, y la dificultad de los correos en encontrarle, acerca de lo cual concluye de esta suerte: «Las incerti-
 »dumbres de un correo que le buscó inútilmente
 »en Berlin y en Viena, y que al fin le halló en Ve-
 »necia, prolongaron la plaga de la guerra entre dos
 »naciones hartas ya de combatirse. El gobierno fran-
 »cés se mostro tan incomodado y tan inquieto por
 »aquellas tardanzas, como la córte misma de Madrid
 »pudo estarlo ella misma (2).»

Despues sigue: «Otra negociacion habia sido co-
 »menzada cerca de los Pirineos entre el general Ser-
 »van y el marqués de Irlanda. Pero durante este in-
 »tervalo redoblaron los españoles sus esfuerzos para
 »arrojar á los franceses. En Cataluña atacaron á Ro-
 »sas por mar y tierra, bombearon aquella plaza, y
 »anduvieron muy cerca de tomarla. Obligados en
 »fin á desistir en aquella empresa, no por esto de-
 »jaron de merecer la admiracion de los franceses
 »por un valor que se aumentaba por los reveses
 »mismos. En los Pirineos occidentales fué de alabar

(1) Tomo XII, libro XXIII, pág. 290 y 291.

(2) Pág. 291 y 292.

» el mismo esfuerzo contra el ejército francés, obli-
» gado á ceder en las alturas de Pamplona, si bien
» éste volvió despues á dominarlas (1). Pero los es-
» pañoles, obrando cada vez con mas audacia y mas
» talento, se mantenian contra los dos ejércitos, y lo
» que es mas, se preparaban ya á una diversion atre-
» vida en el mismo suelo de la Francia (2).»

Hasta aquí M. Lacretelle, he aquí ahora á M. de Marcillac:

(1) En esto último padeció algun error M. Lacretelle. Para embestir á Pamplona se propuso Moncey atacar la posicion de Erice ocupada por la izquierda de nuestro ejército. A este fin era necesario que ganase la garganta de Ollaregui, y allí, en el puesto de la Meseta, donde se estrecha la garganta, el 22 de julio, fué la heroica defensa que sostuvo nuestro ejército, rechazando y ahuyentando al enemigo: defensa memorable para la cual bastaron y en la cual pelearon como leones los dos famosos batallones del regimiento de Africa, mandados por don Agustin Goyeneta, que murió allí víctima de su devocion patriótica, como despues tambien su segundo don José Gonzalez de Acuña: las banderas de este regimiento incomparable recibieron por esta hazaña el escudo de honor. Rechazado Moncey, y recibido un gran refuerzo por nuestro ejército, no tan solo conservó éste las posiciones que cubrian á Pamplona, sino que comenzaba ya á moverse con el designio de cortar la parte del ejército francés que dominaba en Alava y Vizcaya, cuando llegó la nueva de las paces. Moncey habia tomado entonces la medida de reforzar sus puestos de doña María y de Iziar por delante del Bidasoa para contener á los españoles en Navarra. La guerra acabó en esto.

(2) Pág. 292.

« Por el tiempo en que las paces se firmaron, el
» ejército de Navarra, á pesar de las desgracias de
» la campaña en 1794, se hallaba bien organizado,
» ofrecia un aspecto verdaderamente soberbio, y con
» los refuerzos que habia recibido, se encontraba
» superior al ejército francés. Si el príncipe de Cas-
» telfranco, concentrando bien sus fuerzas en la Na-
» varra, se hubiera movido derechamente sobre la
» provincia de Guipuzcoa, cubriendo bien su posicion
» sobre Doña María por delante del Bidasoa, el ejér-
» cito francés en Alava y en Vizcaya, no podria me-
» nos de haberse visto en la necesidad de replegarse
» para evitar el riesgo de ser cortado, y habria teni-
» do que tomar una posicion definitiva en el campo
» atrincherado de Hernani. Yo ignoro si el general
» español se propuso este plan, pero al menos el ge-
» neral francés lo habia previsto. Uno y otro, mien-
» tras combinaban sucesos nuevos ignoraban que
» S. M. católica preparaba á sus vasallos una paz só-
» lida y durable, y que sacrificaba á este bien los
» triunfos á que se disponian sus ejércitos (1). »

El mismo autor habla de este modo al referir los últimos sucesos de nuestras armas en los Pirineos orientales: « El general Urrutia, ignorando sin du-
» da que se trataba de la paz en Basilea, intentaba

(1) *Histoire de la guerre entre la France et l'Espagne en 1793, 1794 et partie de 1795, par M. de Marcillac, pages 109 et 111.*

» volver á tomar la ofensiva. Se deja ver que este general combinaba una invasion en el condado de Foix, porque á principios de julio destacó al mariscal de campo Cuesta con una fuerte division del ejército principal, dándole la órden de hacer evacuar la parte de la Cerdaña española que ocupaban los franceses. Cuesta atravesó el Col de Moyans, y atacó los campamentos franceses situados por delante de Osege, de Yer y de Puigcerdá. Á pesar de la obstinada resistencia que hicieron los franceses, fueron estos arrojados de sus posiciones, y las tropas del campo de Puigcerdá se retiraron á la ciudad. Cuesta intimó la rendicion al comandante, y rehusando este entregarse, el general español mandó atacar. Al cabo de dos horas de un fuego vivísimo, los españoles dieron el asalto, arrebataron la plaza, y sin embargo tuvieron la humanidad de hacer prisionera la guarnicion con los dos generales que la mandaban. El puesto de Belver se rindió un dia despues. Poseidos estos puntos, el general español podia inquietar el territorio enemigo y combinar grandes movimientos que hubieran obligado al ejército francés á evacuar el Lampurdan y repasar los Pirineos para defender el Rosellon, etc. (1)»

Copiaré tambien un lugar de M. Thiers: «La paz, dice este escritor, fué firmada en Basilea á 22

(1) Pág. 336 y 337.

» de julio, por el tiempo mismo en que ocurrían los
» desastres de Quiberon. Las condiciones fueron, la
» restitucion de todas las conquistas hechas sobre la
» España, y la cesion que hizo ésta á la república de
» la parte española de Santo Domingo, concesiones
» harto anchas por parte de la Francia, porque, en
» verdad, Santo Domingo no era ya de nadie (1).»

Citaré en fin á los autores de la obra intitulada: *Victoires, conquêtes, désastres, revers, etc. des Français, de 1792 á 1815*. Los mas de estos autores eran militares, muchos de ellos testigos presenciales de los hechos de armas que contiene esta obra. No hay ni un lugar en ella donde, al hablar de los ejércitos españoles, dejen de alabarlos, muchas veces con entusiasmo, y en todos casos con aprecio de su valor y del talento que mostraron muchos de sus gefes. Á propósito de la paz dicen mil cosas lisonjeras para España. He aquí algunas de ellas: «La noticia de la paz de Basilea llegó á los dos ejércitos y reconcilió á los dos pueblos que se habían hecho una guerra obstinada con igual valor y con fuerzas casi iguales (2).»

Siguen mas adelante. «Lo que será sin duda un motivo de admiracion á los que conocieron la altivez y la fiereza de la junta de salud pública, fue que la primera abertura de las paces hubiese sido

(1) Tomo VII, pág. 546.

(2) Tomo IV, cap. XI, pág. 246.

» *hecha por aquel gobierno mismo republicano, que*
» *poco antes parecia haber jurado la pérdida de to-*
» *dos los monarcas y la destruccion de todos los tro-*
» *nos.* Esta grave mudanza fué causada por la revo-
» lucion memorable del 9 de termidor (27 de julio
» de 1794). Á las ideas de exageracion y demagogia
» que dominaban á los republicanos de la *Montaña,*
» habia sucedido de repente una moderacion inespe-
» rada, de la cual se aprovecharon diestramente los
» termidorianos para atraer á su partido el inmenso
» número de franceses pacíficos que habian abrazado
» con temor la causa de la revolucion. Las tentativas
» que los nuevos gobernantes hicieron para pacificar
» la Vendée, fueron el primer paso del sistema mode-
» rado que adoptaron. La paz con la Holanda y con la
» Prusia fué el segundo. El tercero se hallaba natu-
» ralmente en la cesacion de la guerra con España.
» Muchos miembros de la convencion, y aun algu-
» nos de la junta de salud pública, renovada despues
» del 9 de termidor, atormentados todavía por la fie-
» bre republicana que los enfurecia contra el régi-
» men monárquico donde quiera que se encontrase,
» se opusieron con empeño al proyecto de hacer la
» paz con la España, como sucedió al discutir el tra-
» tado de paz con la Prusia; pero triunfó el mayor
» número que se inclinaba á los consejos moderados...
» *A esto se juntaba que por mas que nuestras tropas*
» *hubiesen conseguido en España triunfos señalados,*
» *los republicanos mismos se espantaban de la sola*

» *idea de tentar la conquista de las Españas*, donde
 » sabian bien que, desde el tiempo de los Romanos,
 » el pueblo español habia siempre guerreado á todo
 » trance para mantener su independencia nacional,
 » y que el yugo del extranjero rara vez, ni aun de
 » paso, les habia sido soportable. Este modo de pen-
 » sar y de ver en los gobernantes de aquel tiempo
 » los hace dignos de alabanza. Ah! si mas tarde, un
 » hombre mas poderoso que todos ellos se hubiera
 » guardado tambien de exasperar aquel pueblo leal
 » y entusiasta, no tendria tal vez que llorar hoy dia
 » nuestra pátria tantos grandes desastres que han os-
 » curecido por un momento nuestra gloria.

» De su parte la España (continuan los autores
 » de esta obra) apurada *por los esfuerzos que habia*
 » *hecho*, y sin medios para renovarlos (1), no podia
 » menos de temer que la república francesa, triun-

(1) Es necesario no olvidar que son extranjeros los que aquí hablan. La España, continuada que hubiese sido aquella guerra, habria redoblado los sacrificios que sin duda habrian sido grandes, pero no imposibles, ni superiores á su lealtad. Las tres campañas que fueron sostenidas sin mas dinero que el propio nuestro, consumieron una inmensidad de caudales; pero la España no habia llegado al extremo de tener que pagar sus tropas con papel moneda como en Francia. Aquella guerra tenia de bueno que era una guerra nacional, no una guerra de gabinete, y en tal género de guerra, en España menos que en parte alguna, nunca se agotan los recursos.

»fante cual se hallaba de sus enemigos interiores y
»exteriores, multiplicase sus esfuerzos contra el ter-
»ritorio español hasta tal grado que la resistencia no
»alcanzase á contenerlos. Dueños ya los franceses
»de una parte de las fronteras cuyo acceso es mas
»fácil, y acercándose á Pamplona, una vez que pu-
»diesen haber logrado hacerse dueños de esta capital
»de la Navarra, se allanaba el camino para invadir
»el Aragon y las Castillas.... Para sostenerse en tal
»peligro, se habria necesitado apellidar para las ar-
»mas toda la nacion, y empeñar una lucha cuyo re-
»sultado final no era fácil calcularlo; porque en la
»mezcla de ambos pueblos, el contacto de los fran-
»ceses podria haber ocasionado una revolucion mo-
»ral en los ánimos, no menos digna de temerse que
»los demas azares de la guerra (1).

(1) Tal fué en efecto uno de los motivos que incli-
naron en favor de la paz con perfecta unanimidad al Con-
sejo del rey, sin descordar de los míos ni en un ápice.
No en verdad porque se temiese un cambio en la lealtad
ni en los sanos principios del mayor número, lo cual era
imposible, á lo menos por entonces; pero la historia de
cosas pasadas y presentes hacia advertir cual sea el poder
y los recursos de las minoridades, cuando éstas llegan á
apoyarse con el favor de las armas extrangeras, mucho
mas si estas hallan modo y medios para cebar el interés
de las plebes y de gentes perdidas; poderosa palanca que
la propaganda republicana ponía en accion en todas par-
tes donde entraban los ejércitos franceses. En España no
dejó de percibirse una minoridad de esta clase, cierta-
mente muy pequeña, pero bastante para poder temerse

«Cuando las dos naciones reconocieron bien que
»su interés recíproco se fundaba en deponer las ar-

un incendio, tanto mas, cuanto sin acudir á las doctrinas ni á los funestos ejemplos de la revolucion francesa, nuestros propios anales, desde el tiempo mismo de los Godos, ofrecian ejemplos peligrosos; y no tan lejos de nosotros, la deposicion de Enrique IV, las comunidades de Castilla y las germanías de Valencia en los dias de Carlos V, junto con todo esto los prestigios de la antigua constitucion de Aragon, las turbaciones de aquel reino en tiempo de Felipe II, y los recuerdos dolorosos de sus fueros destruidos bajo aquel reinado. Tales memorias fermentaban en algunas cabezas y pasaban á proyectos. En junio de 1795, una correspondencia interceptada hizo ver patentemente que los franceses trabajaban con suceso en formarse prosélitos en muchos puntos importantes, y ofreció rastro para descubrir algunas juntas que se ocupaban de planes democráticos, divididas solamente por entonces en acordar si serian muchas ó una sola república iberiana lo que convendria á la España. Los franceses, para dominar mas ciertamente, preferirian que fuesen muchas. Una de aquellas juntas, y por cierto la mas viva, se tenia en un convento, y los principales clubistas eran frailes. El contagio ganaba: al solo amago que los franceses hicieron sobre el Ebro, una sociedad secreta que se tenia en Burgos preparaba ya sus diputados para darles el abrazo fraternal. En los teatros de la córte hubo jóvenes de clases distinguidas que se atrevieron á mostrarse con el gorro frigio: hubo mas, hubo damas de la primer nobleza que ostentaron los tres colores. ¡Cuánto hubiera sido el mal, si la prosecucion de la guerra hubiera desenvuelto una revolucion en medio de elementos tan discordes de ideas y de intereses como los que en España habrian movido los trastornos demagógicos! ¡Con qué facilidad la habria entonces devorado la república francesa!

» mas , para todo lo demas les fué fácil entenderse.
» Sin embargo un incidente retardó mucho la con-
» conclusion definitiva de las paces. El gobierno es-
» pañol , *luego que hubo accedido á las primeras*
» *proposiciones de acomodo que le fueron hechas en*
» *nombre de la junta de salud pública , por M. Bour-*
» *going* , antiguo embajador en Madrid (1) , creyó
» oportuno entenderse para aquella negociacion con
» M. Barthélemy embajador entonces de la república
» cerca de los trece cantones suizos, sugeto cuyas
» virtudes personales, sus talentos diplomáticos, y
» mas que todo el tratado que concluyó en Basilea
» con el rey de Prusia , le hacian disfrutar una gran
» consideracion en los paises extranjeros. El señor de
» Iriarte , á quien la España queria cometer sus po-
» deres , tenia con él relaciones de amistad. Este di-
» plomático , embajador de España en Polonia , se
» habia hallado en los últimos desastres de aquella
» república , y despues de la particion de aquel im-
» perio desgraciado por los tres soberanos armados
» que se la apropiaron , viajaba Iriarte incógnito

(1) Los autores de esta obra debieran haber dicho , *á las últimas proposiciones de acomodo que fueron indicadas por M. Bourgoing* : las primeras y las segundas fueron inútiles. Bourgoing se retiró á Nevers sin mas esperanza despues de la irritacion que causó en la junta de salud pública mi insistencia sobre la libertad y la venida , que yo pedia , de los augustos prisioneros del Temple á la córte de España.

» como un particular oscuro. Despues de buscado en
» el Austria y en Berlin , un correo le halló en Ve-
» necia y le anunció el nuevo honor que acababa de
» dispensarle su gobierno. Iriarte marchó sin tardanza
» á su destino ; pero mientras le buscaban , las hos-
» tilidades habian continuado , y la sangre de españo-
» les y franceses inútilmente derramada , *fué una*
» *prueba de que el gabinete de Madrid no habia to-*
» *mado todavía una resolucion pacífica definitiva* (1).

« Barthélemy é Iriarte, uno y otro poseidos de
» intenciones puras y del vivo deseo de renovar la
» antigua amistad de los dos pueblos, terminaron
» prontamente las negociaciones, y la paz fué ajus-
» tada en Basilea el 22 de julio. Aquel tratado por
» el cual abandonaba la Francia todas sus conquis-
» tas del otro lado del Pirineo , y la España le cedia
» el dominio de la parte que poseia en la isla de San-
» to Domingo, fué ratificado por la convencion na-
» cional en primero de agosto, en París; y por el
» rey de España Cárlos IV, en Madrid, á cuatro del
» mismo mes. Cual lo nota M. Lacroix, tanto como
» los españoles, en medio del peligro, se guardaron
» de mostrar que tenian necesidad de la paz, tanta
» fué la alegría que despues manifestaron , *cuan-*

(1) Probó , añadiré yo , que la España no hizo las paces de rodillas, y que combatió hasta el fin, para que el tratado fuese honroso y digno de continuar y mantener sus antiguas glorias bajo el reinado de Cárlos IV.

»do hubieron visto aquel tratado que no ofendia
 »su orgullo, y que hacia olvidar todos los males de
 »la guerra. La corte de Madrid, tan pródiga de ho-
 »nores y de recompensas con el duque de la Alcu-
 »dia, (Godoy primer ministro) fué aquella vez un
 »verdadero intérprete de la gratitud nacional, con-
 »firiéndole el hermoso título de *príncipe de la Paz*,
 »que conserva todavía este antiguo valido de Cár-
 »los IV (1).»

Otros testimonios podria añadir, aun, de escri-
 tores franceses en el mismo sentido de los que aquí

(1) Tomo IV, capítulo XI, páginas 243, 246, 248, 249 y 250. Séame lícito añadir aquí un durísimo contraste de los juicios y las pasiones de los hombres. El general Foy, ó sea otro que haya intercalado contra mí y vertido en su historia de la guerra de la Península toda la hiel de la enemistad y la calumnia, despues de deprimir las glorias del ejército español en la guerra de los tres años contra la república, y mezcladas allí falsedades notorias, entre ellas la de afirmar que Cárlos IV pidió la paz, concluye diciendo de esta suerte: «El ministro bajo cuyos auspicios se reconcilió la España con la Francia, por medio de un tratado en que los sacrificios no fueron medidos por los reveses, tomó el nombre de *príncipe de la Paz*. Un general de edad de treinta años hubiera podido ambicionar otro título.» En verdad no tenia yo entonces sino veintiocho. ¿ Pero donde está el hombre de bien y el hombre de su pátria, que en aquella edad hubiera preferido la corona sangrienta á la corona cívica? Yo le procuré la paz á mi pátria tan pronto como fué posible deponer las armas sin peligro y sin mengua; y la paz que le adquirí fué honrosa y duradera. ¿ Qué mejor

he citado. Basten estos empero, sin hacerme molesto, para confirmar la verdad de los hechos que dejo referidos, para probar que M. Pradt ha maldecido y calumniado; y para hacer notar que autores extranjeros pertenecientes al país mismo con quien guerreamos, de quien fuimos enemigos, han dado á España mas honor que don Andrés Muriel hijo suyo!

CAPITULO XXIX.

Mi respuesta á los que han vituperado que se hubiese hecho la paz con la Francia, en el tiempo y ocasion en que fué ajustada.

Los que en 1806, cuando el emperador de los franceses dejó ver, sin quedar duda, su tendencia á la monarquía universal y se traslucieron sus desig-
nios de suplantar á los Borbones, atajaron mis pasos para acudir en tiempo y en sazón ventajosa al peli-

gloria pude yo ambicionar? No, no es posible; el general Foy, conocido por su grande moralidad, por su rigidez estóica, y por su amor sublime de la pátria, no fué capaz de haber escrito tal necedad tan opuesta á sus principios. Otros lo han hecho maldiciente: jamás él lo habia sido, y mucho menos insensato.

gro de la monarquía española; los que infieles á su rey y á su pátria denunciaron á Napoleon el gobierno de España como enemigo del imperio; los que le buscaron por protector para oprimir y derribar á Cárlos IV; los que, manifesto ya el riesgo, impidieron al padre defenderse, le arrebataron la corona, condujeron al hijo bajo el poder del enemigo y dejaron la pátria huérfana; los que, envueltas sus horrendas culpas en un secreto impenetrable entonces á los pueblos, las cargaron sobre mi alma, mudo yo, aherrojado, sin defensa ni modo alguno de hablar y ser oido; estos mismos, libres para hablar y escribir y atacarme impunemente, señalaron por primer pecado de mi vida política la paz de Basilea, fuente, han dicho, y origen de infinitos males, y primer fundamento de la gran catástrofe que ellos solos, y nadie mas, á los trece años de aquella paz gloriosa ocasionaron á la España. Vendrá el momento y el lugar por su orden de hablar en esta obra, larga y anchamente, de esta horrible maldad de un corto número de hombres tan perversos como ignorantes: en ninguna cuestion me encontrará mi pátria tan triunfante como en esta; pero antes de llegar á este final debate, necesito ir barriendo las falaces imputaciones y calumnias que prepararon la postrera y la mas grande. Voy á la paz de Basilea.

¿Qué debió hacer la España, desmembrada la coalicion por la separacion del rey de Prusia, y la

neutralidad y la adhesion á su política de un gran número de los príncipes del Imperio, prontos otros á seguirla, ansiosos todos de la paz, é invitada ya el Austria á tratar con la república francesa por el *conclusum* de la dieta (1)? Prescindiendo por un momento de las altas razones de política que aconsejaban terminar la guerra con la Francia, y aun cuando hubiese convenido proseguirla; con la Holanda, de enemiga hecha ya aliada de la Francia, con la Prusia y una gran parte del imperio retiradas de la lucha sin saberse á punto fijo ni poderse saber qué haria el Austria, ¿se debia exponer la España á quedar sola en la lid con la Francia victoriosa en todas partes, á perder las ventajas del momento, y á luchar con todo el peso de las fuerzas enemigas, ó á firmar al fin una paz obligada y vergonzosa? ¿Y esforzadas que hubiesen sido nuestras armas con sacrificios extremados, se trataba ya por ventura de obligar á la Francia á mudar su forma de gobierno? Nó; la Prusia, Suecia, Dinamarca, la Toscana, la Suiza, Génova, Venecia y la Puerta Otomana ha-

(1) Á la separacion del rey de Prusia de la causa de los aliados, se siguieron de contado la de Hesse-Cassel, la de Hesse-Darmstadt, de Baden, Dourlach, Ducados de Wurtemberg, Anspach, Bareuth, y otros varios de la Franconia y la Suabia. Entre estos príncipes abrazaron igual política el rey de Suecia como duque de Pomerania, el de Dinamarca como duque de Holstein, y lo que es mas el de Inglaterra como elector de Hanover.

bían reconocido la república francesa, el Austria misma, y el Imperio todo entero, la habrían reconocido si el gobierno francés les hubiera devuelto sus conquistas; tan cierto es que en el estado que ofrecieron los sucesos de la guerra, se trataba ya solo de intereses, y no de formas de gobierno. ¿Cuáles, pues, podían ser los intereses de la España en proseguir aquella guerra? ¿obligar á la Francia á resarcir al Austria y al imperio de sus pérdidas? ¿Pero quién se obligaba á resarcir las nuestras que podrían ser inmensas? A lo menos la Rusia que lidió solo con decretos y proclamas, y la Prusia y el Austria que pelearon mas ó menos (nunca con todo el lleno de sus medios) se repartieron entre ellas la Polonia, mientras la España peleaba sin ningun desquite, y quizá tan solo ella sin designios ambiciosos. ¿Quién prometió ayudarnos? ¿Quién se acordaba de nosotros, cuando á sus propios cuidados é intereses no bastaban? ¿A qué fin seguir mas tiempo aquel empeño peligroso, y lo que es mas, contrario ya al mismo objeto de la guerra, visto ya que por ella se afirmaba la república?

Antes lo dije ya, y otra vez lo repito: en mal hora para la Europa fué seguida aquella lucha. La república se desplomaba por su propio peso falta de bases y de estribos: no vivía del instinto de los pueblos, las costumbres la repulsaban, y su primer ensayo la hacia odiosa y execrable. Los mas de los franceses suspiraban por el reinado constituido sá-

biamente, y los mismos republicanos que pensaban de buena fé, se le veia inclinarse en sus teorías á las formas monárquicas. Despues de las jornadas tempestuosas de abril y mayo de 95, mas que todas en la de 5 de octubre (13 de vendimiario), y en el aspecto que ofrecian los ánimos en todas las provincias, ¿qué le faltó á la Francia para ser disuelta la república? Viniera entonces á la Francia alguno de sus príncipes sin mas séquito ni cortejo que los realistas ilustrados, viniera sobre todo el conde de Provenza con el nuevo pacto conciliador de los nuevos y de los viejos intereses, diera entonces su voz en las provincias fieles, y la restauracion estaba hecha (1). Mas la Inglaterra no habia llenado todavía sus lar-

(1) Mientras fué tiempo, la España sola protegió sinceramente el derecho de estos príncipes: ella sola pleiteó y pleiteó inútilmente, por instalarlos en algun punto de la Francia. El conde de Provenza, reconocido á los cuantiosos dones y á las miras leales de nuestro gabinete, me honró mas de una vez con sus cartas, y en una de ellas me contaba francamente la posicion embarazosa y angustiada en que le tenian algunos gabinetes. Cuando quiso venir á España, como Cárlos IV deseaba, preparados ya todos los medios con grandeza, los manejos de la Inglaterra lo estorbaron.

M. Thiers ha dado testimonio de estas nobles disposiciones de la España, cuando hablando de los emigrados se explicaba de esta suerte: «Ellos, dice, reconocian que no »podian contar de un modo positivo sino tan solo con la »España; que ella sola era una parienta fiel y una sincera »aliada en quien debian poner sus esperanzas. El Austria, »enarbolando su bandera en Valencienes y en Condé, ha-

gas miras ambiciosas, y la Francia, á sus ojos, no se hallaba aun bastante exhausta y envilecida para volverla al rey legítimo. Por desgracia, firme el gobierno de la Francia en guardar para ella las mas de las conquistas que habia hecho sobre el Austria y el Imperio, todo medio y todo oficio de conciliacion quedó frustrado, se firmó la triple alianza del Austria, de la Rusia y la Inglaterra, la guerra fué seguida y dirigido hácia fuera el incendio y los desastres que amenazaban solo á la república. Un gobierno imperfecto, pero menos absurdo y de mejor talante que la moribunda convencion, habia logrado el sufragio de las tropas y arrastrado en favor suyo, no diré el voto de la Francia, pero si de aquel número y aquella clase de personas que de ordinario enseñorean la voluntad pasiva de las masas. Las facciones mal calmadas todavía lo habrian ahogado en poco tiempo; la política, no las armas, le debió ser opuesta. La gloria es el imán de los franceses; si la victoria consagraba la nueva especie de gobierno que se habia cuajado, larga tela se comenzaba para los pueblos de la Europa. Las borrascas que esta nueva luna de la revolucion echó al mundo excedieron la prevision

»bia excitado el fervor de los franceses por el suelo de su patria; la Prusia habia faltado á sus promesas. A Pitt no le llamaban sino el pérfido ingles, cuyo dinero convenia tomar, y despues engañarle si era dable, etc., etc.» En su *Historia de la Revolucion*, tomo VII, pág. 110.

de los grandes políticos. He aquí ahora los riesgos y los males de que la paz de Basilea libertó á la España.

Un hombre salpicado de la sangre de sus propios conciudadanos, hombre odiado en aquel tiempo, que por defender la convencion que él mismo detestaba barrió las calles de París á cañonazos; este hombre, que despues de tal hazaña no habria tenido un solo voto en los comicios de la Francia, fué enviado á hacer la guerra en los jardines de la Italia. La fortuna se desposó con sus talentos, y el que ensayó sus brios contra los hombres de su pátria se hizo el héroe de su siglo, héroe devastador cuya gloria costó en vano al mundo entero y á la misma Francia tantas plagas. La revolucion fué su herencia, por mejor decir se encarnó toda entera en su persona. Militar por excelencia y enemigo por instinto de los gobiernos populares, no desdeñó las malas artes que los demagogos de la *Montaña* proclamaron, y conquistó la Italia otro tanto por engaños que por armas. ¡Pueblos desgraciados! Mientras su ingenio militar derrotaba cinco ejércitos, el orgulloso general no se esquivaba de bajar hasta á ejercer la propaganda, é instalaba la democracia que él mismo abominaba. Popular, elocuente, humanizado con los sábios, favorable á las plebes, terrible á los magnates, dando el grito de la libertad á los pueblos, por todos lados se hace amigos, y á la vuelta de poco tiempo, desde las montañas de Clavenna hasta la

confluencia del Po y del Oglio no se ven sino repúblicas. «Pueblos de la Italia, les decia, el ejército » francés viene entre vosotros á romper vuestras cadenas; el pueblo francés es amigo de todas las naciones: salid seguros á recibir nuestras banderas. » Vuestra religion, vuestras propiedades y vuestros usos serán escrupulosamente respetados. Nosotros » guerreamos como enemigos generosos: nuestras armas se esgrimen solamente contra los tiranos que » os tenian esclavizados. »

¿ Cual fué la suerte de los príncipes que dominaban en la Italia? Bonaparte les ha dejado de por tiempo una apariencia de monarcas á los que de rodillas le han pedido su gracia y han rogado su paz con la república.

Victor Amedeo ha conservado el título de soberano que llevaron sus mayores; mas por precio de este favor ha cedido á la Francia la Saboya y los condados de Niza, de Bevil y de Dende; sus plazas fuertes las tendrán los franceses, sus estados serán pasibles de las requisiciones del ejército; sus caminos serán francos para las tropas de la Francia.

El duque de Modena, fugitivo en Venecia, rescatará con grandes sumas sus estados, que arrancados despues de su dominio compondrán la república Cispadana.

Roma, Parma y Nápoles serán salvados bajo la mediaeion de España: pero el Papa perderá las legiones de Bolonia y Ferrara. Roma y Nápoles cerra-

rán sus puertos á los enemigos de la Francia, los tres estados pagarán largas sumas á favor del ejército; Roma y Parma darán cuadros, estatuas y esculturas para adornar y enriquecer el museo de la Francia.

El gran duque de Toscana, el primer soberano que reconoció la república francesa, verá hollado su territorio y ocupada Liorña por los soldados de la Francia.

¿Eran los pueblos mas felices? Agoviados por los ejércitos, y pagados los diplomas de su efímera libertad por las requisiciones de las tropas, por los subsidios, por los préstamos, por la plata de las iglesias, por los bienes de los proscriptos, por las rentas de los señores ausentes ó escondidos, romperá el descontento, y las plebes amotinadas excitarán las iras y atraerán las venganzas de sus restauradores. Al solo rumor vago de que el Austria enviaba nuevas fuerzas, la Lombardía se levanta, Pavia, centro de la insurreccion, es entregada al furor de la milicia; todo el cuerpo municipal es sentenciado á muerte; Binasco es incendiada. Del otro lado en los feudos imperiales, las masas populares se sublevan igualmente; Arquata y otros varios lugares son reducidos á pavesas. Pocos dias adelante, la Romaña se amotina; cien dragones franceses son degollados por el pueblo. Lugo se hace fuerte y se defiende á todo trance; pero forzada por las tropas, es entrada á fuego y sangre, sus habitantes son pa-